

Tradición y modernidad en la historia de México

Rodrigo Martínez

François-Xavier Guerra, *Le Mexique. De l'Ancien Régime a la Revolution*, 2 vol., Paris, Editions L'Harmattan, Publications de la Sorbonne, 1985, 445 y 543 pp.

La obra de François-Xavier Guerra que aquí comentamos forma parte de una corriente historiográfica relativamente reciente que cabría denominar "nueva historia política". Como se sabe, en nuestro siglo las corrientes renovadoras de la historia reaccionaron contra la historia tradicional prevaleciente, concentrada en la historia de los acontecimientos y de la política, y orientaron la investigación hacia niveles de la realidad más cercanos a las vidas reales de los hombres. La investigación se desplazó de lo único y excepcional a lo repetido y cotidiano, del tiempo corto de la acción política y los reinados de los monarcas, a la larga duración, lo coyuntural y lo estructural en la vida de las gene-

raciones de sociedades humanas. La influencia del marxismo contribuyó a orientar la investigación histórica hacia una visión sistematizadora en la que los factores económicos jugaban un papel central. La historia económica tuvo un desarrollo sumamente enriquecedor, favorecido por la abundancia de las fuentes históricas disponibles, que permitió captar el pulso de la reproducción de las sociedades humanas y las formas básicas de relación entre los hombres y de los hombres con la naturaleza. Ejerció un efecto desmistificador de las figuras de la historia nacionalista estatal, y puso bajo una nueva luz las cuestiones de historia política y cultural. Pero se dio un imperialismo economicista en el que se tendió a reducir a la vida política y cultural al rango de mero reflejo, consecuencia o epifenómeno irrelevante de la evolución de la economía.

Frente a esta situación, y siguiendo su impulso, se produjo en

los últimos años una reacción que replanteó la problemática de la política, y de la justicia y la moral, en el campo de la historia y en el conjunto de las ciencias humanas. Así como el auge de la historia económica en Europa se dio como respuesta a las angustiosas preguntas que despertó la crisis de 1929, acaso este replanteamiento de la política responda a la profunda crisis de las relaciones políticas (en el sentido más amplio de la palabra) que vivimos en la actualidad.

En el campo de la historia, esta reorientación no implicó un regreso sin más a la vieja historia política. Se trata de un regreso enriquecido en el que se procura, a la manera de la antropología, captar los fenómenos políticos en su contexto económico, social y cultural, y que tiende hacia una visión integral, globalizadora y sistemática de la realidad social (la revaloración actual de la narrativa histórica puede entenderse como

una búsqueda en el mismo sentido de captar la vida de los hombres como una totalidad concreta). La historia política sufrió cambios fundamentales en su problemática, en su dimensión ya no sólo jurídica e institucional, sino concreta, cotidiana y local, en la corta, mediana y larga duración.

Esta "nueva historia política" ha tenido un fuerte desarrollo en los estudios mexicanistas. Particularmente, y de manera significativa, se ha expresado recientemente en un conjunto sumamente enriquecedor de estudios "revisionistas" sobre las revoluciones de 1810 y de 1910, fruto de un mayor conocimiento de los periodos largos, la colonia y el siglo XIX, que habían sido descuidados. Entre los estudios más recientes sobre la revolución de Independencia cabe mencionar los de David Brading, John Tutino, Eric Van Young, Christon Archer, Brian Hamnett; y sobre la revolución mexicana, los de Friedrich Katz, Alan Knight, John Tutino, nuevamente, y el de François-Xavier Guerra.

Guerra retoma el cuestionamiento radical de la revolución francesa que inició François Furet y que ha dado lugar, conforme se aproxima la fecha de su segundo centenario, a una intensa discusión pública sobre su significado histórico y su validez como fundamento del estado y la nacionalidad franceses. En abierta polémica con la historiografía marxista de la revolución francesa, que coincide en lo fundamental con la visión oficial, Furet denunció en 1971 la ceguera histórica que producen las revoluciones como mitos de fundación:

Toda revolución, desde la revolución francesa, pero muy especialmente la revolución francesa misma, tiende a pensar-

se como un comienzo absoluto, un punto cero de la historia, rico de todas las realizaciones por venir, implícitamente contenidos en la universalidad de sus principios. Por ellos las sociedades que ostentan una "fundación" revolucionaria, sobre todo si ésta es relativamente reciente, tienen una dificultad particular para escribir su historia contemporánea. Toda obra de este tipo es rememoración de los orígenes, y la magia del aniversario está hecha de la fidelidad de los herederos, no de la discusión crítica de esta herencia.

Furet continúa la crítica radical de la revolución francesa que realizó Alexis de Tocqueville en *L'Ancien Régime et la Révolution*: la revolución no implica ninguna ruptura radical en la historia de Francia, no es más que el florecimiento de su pasado, completa la obra modernizadora de la monarquía centralizada dieciochesca que buscó dominar y atomizar a las comunidades y a la sociedad civil. La visión de Tocqueville permite a Furet pensar las grandes continuidades de la historia francesa en la perspectiva de la larga duración.

Para comprender en qué medida la revolución francesa sí implicó una ruptura, Furet rescató la poco conocida obra de Agustín Cochin, quien supo ver "la ruptura del tejido político, la ausencia de poder, el reino sustitutivo de la palabra democrática, la dominación de las sociedades a nombre del 'pueblo'. En suma, conceptualizar a Michelet, analizar lo que sintió, interpretar lo que revivió". Cochin ayudó a Furet a comprender la irreductibilidad de la dinámica concreta de la revolución a sus posibles causas, económicas

o políticas. El vacío súbito de poder crea una inestabilidad esencial de la política revolucionaria, que pone en movimiento desenfrenado fuerzas inéditas, pues el poder pasa a depender de la representación simbólica del "pueblo" que se fundamenta en la palabra, y en la violencia, revolucionarias. Por eso una revolución es tan difícil de conducir o detener una vez iniciada.

Lo que dice Furet sobre Francia le viene bien a México. Guerra vio la fertilidad de estas ideas para entender el movimiento de la historia mexicana entre la época borbónica de fines de la colonia y la revolución mexicana. Las revoluciones de 1810 y de 1910 tuvieron iguales poderes míticos de fundación de la nacionalidad y de desfiguración de la conciencia histórica. En ambas el vacío de poder provocó un movimiento incontrolado de las fuerzas sociales. Y ambas revoluciones interrumpieron proyectos estatales modernizadores de la sociedad: el liberalismo del siglo XIX continúa el proceso iniciado por la administración colonial ilustrada, y la dominación priísta es neoporfirista.

Guerra captó la fertilidad de estas ideas para entender el sentido de la historia mexicana, particularmente el porfiriato y la revolución maderista. Pero su perspectiva temporal de análisis es amplia: retrocede con frecuencia a la época colonial, a la época de las reformas borbónicas, al largo periodo de inestabilidad y guerras del siglo XIX anterior al porfiriato, y el estudio está cargado de implicaciones sobre el desarrollo de la historia mexicana posterior a la revolución, hasta la actual coyuntura de crisis económica y política. Por algo el libro de Guerra se llama en primer

lugar *Le Mexique*; y enseguida, el subtítulo tocqueviliano, *Del Antiguo Régimen a la Revolución*. Así pues, aunque se concentra en el periodo 1876-1911, el libro de Guerra constituye una reinterpretación de conjunto de toda la historia mexicana.

Por otro lado, como lo señala François Chevalier en el prefacio, el "modelo periférico", el estudio de Guerra sobre México, por la enorme cantidad de información que incluye (particularmente el fichero computarizado con la vida, actividades y vínculos de 8 000 políticos, militares, rebeldes y revolucionarios de la época), retroalimenta y enriquece al "modelo central" de Furet sobre Francia. A través de su análisis de la interacción y vínculos de los actores individuales, Guerra descubrió en México a los grandes actores colectivos, verdaderos sujetos de las transformaciones históricas.

El estudio de Guerra, que se basa en un modelo que parte de la contraposición entre un estado moderno y una sociedad tradicional, se puede resumir, siguiendo la introducción de Chevalier y la conclusión de Guerra, de la siguiente manera.

Las leyes de Reforma (el equilibrio de poder, el sufragio universal, etcétera) fueron un ideal inalcanzable en una sociedad tradicional compuesta por comunidades indias o campesinas, haciendas y enclaves señoriales, clanes familiares, una red de vínculos familiares y clientelares, una multitud de cuerpos jerarquizados, entre los cuales se contaba la poderosísima iglesia. Los liberales lograron imponerse sobre los conservadores, se autoproclamaron pueblo y gobernaron a la manera autoritaria de los jacobinos franceses. Empezaron la tarea, ya iniciada por los borbones de la segunda

mitad del siglo XVIII, de imponer los valores modernos a una sociedad tradicional; pero el estado nacional no se logró consolidar, desintegrado en poderes regionales celosos de su autonomía y de sus recursos.

Sólo Porfirio Díaz consiguió asegurar la paz y la estabilidad del estado unificando a las élites liberales y estableciendo un tácito *modus vivendi* con la iglesia, las élites regionales, las comunidades indígenas y la sociedad. El poder de Porfirio Díaz, quien violaba permanentemente los principios liberales que él mismo reivindicaba, descansaba en "una imponente pirámide de clientelas típicas de la antigua sociedad, en la que el jefe de estado era como el vínculo y la articulación entre las dos sociedades antagónicas". En esta pirámide, los caciques cumplían la misma función, pues eran el "vínculo necesario, estructural, entre los dos mundos heterogéneos en cuestión." El cacique es a la vez autoridad local de la sociedad tradicional, y miembro por su cultura moderna del pueblo político; por lo tanto, para el estado era un enlace y mecanismo indispensable para el gobierno del país". Sin embargo, a diferencia de los caciques indios de la época colonial, los caciques decimonónicos "no se atreven a exponerse a la luz del día porque les avergüenzan los compadrazgos, los vínculos personales, familiares y comunitarios de Antiguo Régimen sobre los cuales se funda su autoridad local. Las bases de su poder son ilegales y son las mismas que el estado moderno pretende eliminar. En él se manifiesta con mayor claridad la ficción democrática". Así pues, "el gran logro de Porfirio Díaz es el de haber unificado alrededor de su persona la multiplicidad de ca-

denas de fidelidades ya existentes y de haber hecho de ellas la estructura de todo el sistema político".

Conforme avanzó el Porfiriato estos vínculos se fueron haciendo más rígidos, fue disminuyendo la capacidad de negociación del estado y creciendo el descontento de las élites locales, las comunidades indígenas y otros sectores de la sociedad. Este descontento se vio exacerbado por las dos crisis, una capitalista moderna y otra agraria tradicional, que se dieron poco antes del estallido de la revolución. Al mismo tiempo, dentro del estado se fue manifestando la discrepancia entre los partidarios de Bernardo Reyes, quien representaba a los viejos liberales porfiristas fuertemente ligados a las estructuras locales de poder tradicional, y los partidarios de Limantour, la nueva generación de científicos positivistas, acerbos críticos de la "ficción democrática" y partidarios de una democracia restringida, y sin embargo estrechamente ligados al poder central: algo así como "políticos" contra "tecnócratas". Con la vejez y enfermedad de Porfirio Díaz, se planteó el problema electoral y se agudizó el conflicto en el seno de la élite liberal otrora unificada. Mientras tanto, paradójicamente, la educación porfiriana inculcó al pueblo valores liberales democráticos que lo hicieron particularmente receptivo al llamado de Madero. La sucesión presidencial unificó con el lenguaje de la democracia a los diversos grupos de la oposición, y transfirió "progresivamente la representación implícita del 'pueblo' a Madero, antes de elección alguna", con lo que quedó asegurado su triunfo.

Pero con ello se pusieron en marcha los mecanismos de transferencia de la voluntad del pueblo hacia los políticos que actuaron,

o hablan, en su nombre, a los que se refiere Furet rescatando a Cochín. Poderes regionales viejos o nacidos en la guerra revolucionaria reivindicaron nuevamente la voluntad del pueblo para hablar y gobernar en su nombre. Y la heterogeneidad del movimiento antireeleccionista, que Madero por un momento logró unificar, contribuyó a ahondar los conflictos resultantes. Esta será la historia, según Guerra, del "largo periodo intermedio", nueva época de "anarquía", que fue la revolución mexicana, después de la cual se reconstruyó nuevamente un sistema político que implantó una nueva "ficción aceptada": compromisos con la iglesia y con los pueblos, restablecimiento de vínculos y clientelas, unificación de la élite política. Con una sola diferencia, agrega Guerra, que resolvió el problema de la sucesión (¿hasta cuándo?) y concluye: "se trata de una forma original de resolver el problema esencial de la política contemporánea: la articulación de las sociedades tradicionales y el estado moderno".

Pero veamos los términos mismos del "modelo" de Guerra. Su originalidad no consiste, obviamente, en la utilización de las denominaciones de sociedad tradicional o estado moderno, que en sí mismas no son nuevas, sino en el análisis de su contraposición y de su interactuación para comprender los grandes procesos de la historia mexicana. Los borbones y los liberales, ambos modernizadores, no lograron resolver este conflicto, que sólo Porfirio Díaz superó introduciendo las reglas de la sociedad tradicional en un estado modernizador que, después de la revolución, ha continuado el gobierno actual.

La dualidad estado moderno-sociedad tradicional, que atraviesa

toda la historia mexicana, tiene una serie de correlatos. Guerra retoma de Louis Dumont la dualidad sociedades "holísticas"-sociedades individualistas, que remite asimismo a la dualidad sociedades jerarquizadas-sociedades igualitarias, y sociedades con voluntad propia o espontánea-sociedades con voluntad explícita. También podemos pensar en la dualidad entre *status* y contrato en *El derecho antiguo* de Henry Maine, en el continuo *folk-urban* de Robert Redfield, sobre todo, en la dualidad *Gemeinschaft-Gesellschaft*, comunidad-sociedad, de Ferdinand Tönnies. Estas dualidades remiten a la distinción marxista fundamental entre las sociedades precapitalistas y las capitalistas.

En esta perspectiva, el objeto del libro de Guerra es "la gran transformación", la "revolución burguesa", la larga y problemática transición de la sociedad comunitaria y holista a la sociedad individualista y capitalista en México. Pero "el paso de una formación socioeconómica a otra es un proceso largo y tortuoso que ocupa épocas enteras en la historia de la humanidad y de los pueblos", como bien lo señaló Enrique Semmo, de quien habría que retomar su idea del "ciclo de las revoluciones burguesas en México", como lo indicó recientemente Alan Knight. De allí que la perspectiva francesa de larga duración que adopta Guerra en su libro resulte particularmente apropiada para comprender el difícil sometimiento de la sociedad tradicional al estado moderno en México, constituyente fundamental del proceso de implantación del capitalismo.

El estudio en profundidad de Guerra se restringe al Porfiriato y a la fase maderista de la revolución. Pero establecido el "modelo", basta con probar su aplicación

a otros tiempos. Guerra señala varias veces que en realidad debió haber iniciado su análisis mucho antes. En efecto, sería necesario estudiar de manera más profunda la formación de los vínculos sociales tradicionales que se formaron desde la colonia con la síntesis de dos herencias tradicionales, precapitalistas: la indígena y la española. No cabe duda de que esta doble herencia precapitalista arraigó en México de manera especialmente profunda, haciendo particularmente difícil y dolorosa la incorporación del país al mundo europeo, que vive precisamente desde el siglo XVI una expansión a nivel mundial que sentó los fundamentos del desarrollo mundial del capitalismo.

La conquista española es la transformación más importante que sufrió México, y el conjunto del continente americano, desde los inicios de la agricultura. Los cambios se dieron en todos los ámbitos: ecológico, económico, político, social y cultural. Es el primer momento del mencionado "ciclo de las revoluciones burguesas" de México, que se incorporó a un mundo que iniciaba la transición al modo de producción capitalista. Comenzó entonces la problemática modernización del país, al iniciarse, por medio de la acción conjunta de la cristianización impuesta y la mercantilización de la economía, la ruptura de las formas comunitarias americanas. El carácter auténticamente revolucionario de la conquista española en la historia de México se debería reconocer en el actual debate sobre el Descubrimiento de América o Encuentro de Dos Mundos. Y una continuación del análisis que Guerra concentró en el Porfiriato y la revolución deberá incluir este periodo fundamental de la historia de México.

De cualquier manera, Guerra deja bien claro que el verdadero ataque contra la sociedad tradicional comenzó con las reformas borbónicas de fines de la época colonial y con la acción de los liberales del siglo XIX. Sólo Porfirio Díaz logró imponer a la sociedad tradicional un estado modernizador tradicionalizado, reconociendo la necesidad de la incorporación de mecanismos no formales de ejercicio del poder, irreductibles a los esquemas europeos de la democracia. En esta

perspectiva, el estudio de Guerra nos resulta a los mexicanos particularmente perturbador, al descubrirnos la semejanza de la coherencia porfiriana con la del actual sistema de gobierno, a la vez moderno y tradicional. Nos obliga a reflexionar sobre las limitaciones y consecuencias posibles de los procesos de modernización y abre la posibilidad de pensar en una nueva alteración revolucionaria, que no resulte más que otro "intermedio" necesario para que avancemos otro poco en el viacrucis adaptativo de nuestro ciclo de revoluciones burguesas.

Si duda el análisis extremadamente rico en información y en ideas de Guerra deberá ser matizado o corregido en puntos concretos. Acaso también su modelo deba ser pensado a partir de una explicación más global del proceso de cambio que vive nuestro país desde la conquista. Pero pocos libros como éste nos permiten calar tan hondo en la reflexión sobre nuestro pasado, nuestro presente y el sentido de nuestra historia.

Si duda el análisis extremadamente rico en información y en ideas de Guerra deberá ser matizado o corregido en puntos concretos. Acaso también su modelo deba ser pensado a partir de una explicación más global del proceso de cambio que vive nuestro país desde la conquista. Pero pocos libros como éste nos permiten calar tan hondo en la reflexión sobre nuestro pasado, nuestro presente y el sentido de nuestra historia.

De Palestina a la Hipódromo Condesa

Francisco Pérez Arce

Guadalupe Zárate, *México y la diáspora judía*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1986, 189 pp. (Colección Divulgación).

Primo Levi escribió que en su infancia y juventud (en los años treinta) ser judío le significaba algo más bien vago, un sentimiento religioso y la conciencia de una cultura antigua, que no le impedía sentirse italiano (en su natal Turín), convivir con sus compañeros italianos, compartir sus deseos, sus juegos, su idioma. Pero luego vinieron las leyes fascistas sobre las razas que lo "hicieron distinto". Después vivió el infierno de Auschwitz y el resto de su vida fue recordar, reflexionar, escribir sobre el holocausto. Ser judío tuvo un significado radical.

El libro de Guadalupe Zárate tiene virtudes indiscutibles: nos recuerda que la pluriétnicidad de

México no termina en el reconocimiento de las etnias indias (ahí apenas empieza), y recorre la historia moderna de los judíos en México. El tema tiene, naturalmente, dos caminos: de una parte la historia milenaria de los judíos, y de otra la historia moderna de México. El primero es de una magnitud inabarcable y Guadalupe Zárate se limita a un apretado resumen, suficiente para que los judíos que vinieron a México no resulten seres caídos de la nada, misteriosos, y con habilidades y fortuna inexplicables en ciertas actividades económicas. Recuerda la historia complejísima de su origen, de su diáspora, de su cultura del exilio permanente, y de sus diferencias internas.

El segundo camino, la historia mexicana, es el de su verdadero objeto de estudio. Interesa saber lo sucedido en este país en la medida que explique la forma peculiar de inserción de estos

nuevos mexicanos que fueron llegando durante el periodo porfiriano y hasta la quinta década del siglo XX (el libro se ocupa del tema sólo hasta la cuarta década). La investigación no se propone problematizar la historia de México, sino aportar, añadir un aspecto, una pieza relacionada con la historia económica, pero también con la historia de la sociedad y la cultura.

En la cuestión económica investiga las razones del éxito de los recién llegados, buscando las condiciones precisas de la economía mexicana durante el porfiriato, y sobre todo los espacios aprovechables en los años revolucionarios e inmediatamente postrevolucionarios. Paralelamente expone las características propias de la emigración judía, sus rasgos comunitarios, su cohesión y solidaridad internas, la lógica de sus "instituciones" en la sobrevivencia y fortaleza de la comunidad.